

LOS EFECTOS DE LA IMAGINACIÓN: MEDICINA, CIENCIA Y SOCIEDAD EN EL SIGLO XVIII*

Javier Moscoso

Departamento de Filosofía. Universidad de Murcia

RESUMEN

El presente artículo explora la historia de la imaginación maternal durante el siglo XVIII tanto en el mundo anglosajón como en el ámbito francés. Se examina la supuesta capacidad de la madre para influir en el desarrollo natural del feto desde el punto de vista de su reinterpretación en el mundo ilustrado, así como de su justificación epistemológica y de su consecuencia normativa.

SUMMARY

This paper explores the history of the maternal imagination during the 18th century, along with its national variations in the English and in the French contexts. The alleged faculty of the mother's fancy to modify the normal development of the foetus is examined here from the point of view of its cultural reinterpretations, its epistemological justification and its normative consequences.

INTRODUCCIÓN

La imaginación maternal, o la creencia según la cual la imaginación o los deseos de la madre pueden considerarse responsables de ciertas modificaciones o alteraciones del desarrollo natural del feto, no surgió ni mucho menos en la modernidad. Tanto Aristóteles como Hipócrates ya la habían mencionado para explicar las marcas de nacimiento —los antojos no satisfechos— así como las generaciones monstruosas. Fue también en esa vena de explicación patológica en la que la misma idea perduró durante toda la Edad Media y fue recogida en los grandes tratados teratológicos del Renacimiento hasta su abandono provisional por la élite científica en la llamada

* Este trabajo ha sido en parte financiado por una beca MEC-Fulbright FU-07222242, por el programa de investigación «Producción de Objetos Científicos y Mundialización de la Ciencia», financiado por la DIGICYT, PB-94-0003 y por la Max-Planck Gesellschaft.

«Revolución embriológica» del siglo XVII¹. A pesar de las continuas críticas a las que esta creencia fue sometida, la discusión sobre si existía alguna forma de correlación entre las emociones o los deseos maternos y la conformación del feto pervivió, sin embargo, durante el conjunto de la Ilustración y parte del Romanticismo en diferentes ámbitos de las letras, de la cultura popular y de la literatura científica o pseudo-científica. A partir de 1690, por ejemplo, tanto la *Royal Society* de Londres como la *Académie des Sciences* de París contemplaron una y otra vez la posibilidad de esta influencia psico-física en las comunicaciones teratológicas de las *Philosophical Transactions* y de las *Mémoires* de la Academia respectivamente². Una nueva entrada de la imaginación en el ámbito de la literatura científica que no se redujo tan sólo a las comunicaciones académicas. Más tarde veremos cómo después de la publicación, en 1714, del *De morbis cutaneis* del cirujano inglés Daniel Turner [1677-1740], se iniciará una disputa sobre la influencia de la imaginación maternal cuyas estribaciones más inmediatas se extenderán durante aproximadamente quince años, pero cuyos trazos permanecerán en Europa incluso a finales del siglo XVIII con los tratados de Louis Nicolas Bejamin Bablot [1754-1802], e incluso en el siglo XIX con diferentes textos del también cirujano Jean- Baptista Demangeon [1764-1839]³.

¹ Para una introducción general al problema de la imaginación maternal, véase HUET, M-H (1983), *Monstrous Imagination*, Harvard University Press, Cambridge (Mass) & Londres, pp. 3-10.

² The Royal Society of London (1665+). *Philosophical Transactions*, Johnson and Kraus Reprint Corporation, New York, 1963. Véanse el vol. 19 (1694-97): 291 y ss; vol. 41 (1739-41): 764 y ss; vol. 44 (1746-7): 539 y ss; vol. 65 (1775): 311 y ss. *Académie des Sciences, Histoire et Mémoires de l'Académie Royale des Sciences pour les années 1699-1776*. París, 1702-97. El año de publicación no corresponde el año de la comunicación. De aquí en adelante las *Mémoires* serán abreviadas «MA» y la *Histoire* «HA», apareciendo a continuación el año de la comunicación y, entre paréntesis, el año de publicación seguido por el número de páginas. Entiéndase que las MA y la HA tienen distinta paginación dentro del mismo volumen. Sobre imaginación maternal en la *Histoire et Mémoires*, véase HA 1713 (1716): 20-21; MA 1716 (1718): 337 y ss; HA 1721 (1723): 32-33; HA 1727 (1729): 15-24; MA 1743 (1746): 335-358.

³ El primer texto de Turner al que hacemos referencia es su *Morbis cutaneis. A treatise of Diseases incident to the Skin*, Londres, 1714. En 1727 el cirujano James Blondel, sin mencionar a Daniel Turner, publicó su *The Strength of Imagination in Pregnant Women examined*, J. Peele, Londres. Daniel Turner entonces publicó en 1729 su *An answer to a Pamphlet on the Powers of imagination in Pregnant women*, Londres. James Blondel volvió a la carga con su *Power of the Mother's Imagination over the foetus examined*. Londres, sold by Brotherton, 1729, a lo que Turner respondió de nuevo con su *The force of Mother's Imagination upon the Foetus in Utero still further Considered*. J. Walthoe et al., Londres, 1730. James Blondel murió en 1734 y Turner en 1740, pero esto no significó de ninguna manera el acabamiento de la disputa. A lo largo de este texto, aparecerán los nombres de otros científicos y eruditos que tomaron partido por uno y otro de los contendientes. A los que de momento hacemos aquí referencia son BABLOT, L.N.B., (1788), *Dissertation sur le pouvoir de l'imagination des femmes enceintes*, París, y DEMANGEON, J-B., (1807), *Considérations physiologiques, sur le pouvoir de l'imagination maternelle durant la grossesse. et sur les autres causes. prétendues ou réelles des difformités et des variétés naturelles*. París, Chez l'auteur, 73 págs. in-8; así como del mismo autor su (1829). *De l'imagination considéré dans ses effets directs sur l'homme et les animaux et dans ses effets indirects sur les produits de la gestation: avec une notice sur la génération et les causes les plus probables des difformités de naissance*;

La historiografía contemporánea ha investigado algunos de los aspectos más generales del problema. En 1971, George S. Rousseau examinaba la conexión entre el saber médico y el saber popular en el *Peregrine Pickle* de Tobias Smollet⁴. Más recientemente, Philip K Wilson estudiaba en profundidad el debate relativo a los efectos de la imaginación maternal sobre el feto que tuvo lugar entre Daniel Turner y James Blondel⁵. En la primera parte de su *Monstruous imagination*, Marie-Hélène Huet ha estudiado con detalle la correspondencia entre imaginación maternal y generación sexual que ya había sido señalada por Barbara Stafford en su *Body Criticism*⁶, y más recientemente, en fin, Denis Todd ha publicado una excelente monografía sobre el caso de Mary Toft, la mujer de Guildford que en 1726 dió supuestamente a luz a 17 conejos por efecto de su imaginación⁷.

El propósito de este artículo, sin embargo, es de distinta naturaleza. En lo que sigue se intentará proporcionar una explicación de la imaginación maternal en el siglo XVIII desde la perspectiva de la correlación entre la cultura y la ciencia ilustradas. Se trata, en esta ocasión, de concentrarnos en los efectos de la imaginación involuntaria, aquella que en principio depende de la propia configuración orgánica, así como en los medios que se juzgaron necesarios para prevenir la proliferación irracional de sus efectos. Si la imaginación en su sentido más general y la imaginación genéricamente femenina confluyen de manera inevitable en este texto es porque ambas, en el seno de las estructuras epistemológicas y socio-políticas del Antiguo Regimen, parecieron producir consecuencias que requerían diversas formas de control social. Después de todo, el discurso de la imaginación y el discurso de la locura fueron unidos desde que John Locke definiera esta última como un desorden más propio de la imaginación que del entendimiento. Si se quiere además presentar este texto como un capítulo de historia cultural es porque estos episodios entrelazados no se reducen de buen grado

París, Chez Rouen Frères ed. Bruxeles, seconde édition, 580 pp. in-4, sobre todo su capítulo VII: «Des lésions et de vices de conformation...» en págs. 474 & ss.

⁴ ROUSSEAU, G.S., (1971), «Pineapples, pregnancy, pica, and Peregrine Pickle» en G.S. Rousseau & P.G. Boucé (eds.), *Tobias Smollet*. New York, pp. 79-109.

⁵ WILSON, Ph. K., (1992), «Out of Sight, Out of Mind?: The Daniel Turner-James Blondel Dispute Over the Power of the Maternal Imagination» en *Annals of Science*. 49, 63-85.

⁶ Cfr. STAFFORD, B., (1991), *Body Criticism. Imaging the unseen in Enlightenment art and medicine*. MIT Press, Cambridge, Más fundamentalmente en su cap. III. Se encontrará también información relevante en KING, L.S., (1978), *The Philosophy of Medicine: The Early Eighteenth Century*, Cambridge, Mass; especialmente el cap. VII: «The power of the imagination», pp. 152-81; GÉLIS, J., (1984). *L'arbre et le fruit: la naissance dans l'Occident moderne (XVIe-XIXe siècles)*. París, especialmente el capítulo «Où commence l'homme, où finit la bête»?; segunda parte, págs. 352-70; DARMON, P., (1977) *Le mythe de la procréation à l'âge baroque*, J.J. Pauvert, París; especialmente su capítulo X: «Le foetus».

⁷ TODD, D., (1995), *Imagining Monsters: Miscreations of the Self in 18th Century England*. University of Chicago Press, Chicago y Londres. Véase también FISCHER, J-L., (1982). «Defense et critiques de la thèse Imaginationiste» à l'époque de Spallanzani» en Bemardi y La Vergata, eds., *Lazzaro Spallanzani e la biologia, del settecento*. Teorie sperimenti. istituzioni scientifiche. Leo S. Olschki, Florencia.

ni a la historia del pensamiento, ni a la de la ciencia, ni a la de la filosofía. De alguna manera sus ramificaciones alcanzan todas estas disciplinas, saberes y prácticas, pero su correcta ubicación histórica no se reduce fácilmente a ninguna de ellas⁸. En realidad lo que se va a describir es una «técnica», una articulación o expresión del poder político que se plasma en la ciencia, en el pensamiento y en la literatura. No que las explica, sino que las conforma.

LA TRADICIÓN TESTIMONIAL

Ya hemos comentado cómo la discusión sobre una posible correlación entre las emociones maternas y la conformación del feto reapareció durante todo el siglo XVIII y parte del Romanticismo en diferentes ámbitos de las ciencias de la cultura popular y de la literatura pseudo-científica⁹. La correcta ubicación epistemológica de los debates relativos a los efectos de la imaginación sobre el feto que tuvieron lugar durante la Ilustración obligan, sin embargo, a un somero recordatorio de los términos en los que se presentó esa conexión psico-física por los antiguos tratadistas y el modo en el que fue reinterpretada por los primeros autores modernos. Será necesario antes que nada hacer notar la profunda disparidad entre el uso que de esta creencia milenaria hizo la Ilustración y su formulación en el Renacimiento y en la Antigüedad Clásica.

Lo primero que hay que tener muy presente es que, aun cuando la imaginación maternal llegó a adquirir durante el siglo XVIII, y sobre todo como veremos en el ámbito francés, un cierto carácter doctrinal, nunca antes del período clásico había consistido en otra cosa que no fuera un conjunto casi infinito de testimonios inconexos, una sucesión interminable de voces y de textos que, incluso con anterioridad a los tiempos de Aristóteles, asociaba la aparición de marcas de nacimiento, cierto tipo de deformidades y, en última instancia, las producciones monstruosas, con las pasiones y las emociones maternas. Lo que durante el siglo XVIII pasó a denominarse «la hipótesis imaginacionista» no fué durante el Medioevo y el Renacimiento más que una sucesión interminable de testimonios que, presentes en la cultura bíblica y en el mundo clásico, se fueron reflejando en tratados de historia civil o en compendios de filosofía o de historia natural. Desde las enciclopedias medievales hasta los grandes tratados teratológicos de los siglos XVI y XVII, la discusión de la imaginación material en la producción de rasgos aberrantes nunca adquirió un carácter sistemático, sino que se limitó a servir como explicación retrospectiva del nacimiento de algunos monstruos o de la producción de ciertas marcas de nacimiento. El problema no con-

⁸ Sobre esta correlación, véase ROUSSEAU, G.S. (1969) «Science and the Discovery of the Imagination in Enlightened England», en *Eighteenth Century Studies*, vol. 3, n. 1, 108-135.

⁹ Para una revisión de la última literatura sobre el tema, véase MOSCOSO, J. (1996), «Teratología e Imaginación maternal». *Dynamis*, XVI. 465-472.

sistió jamás en determinar qué es lo que se podía explicar de antemano por medio de la imaginación, sino en dejar constancia de la realidad de esa influencia mediante un conjunto de testimonios más o menos contrastados.

Ni siquiera, por cierto, la explicación de las generaciones monstruosas basada en la fuerza de las imaginaciones maternas llegó nunca a convertirse en la única explicación posible de todas esas producciones. Más bien al contrario, la comprensión general del origen de los monstruos anterior y posterior al siglo XVIII no tuvo en ningún momento necesidad de hacer intervenir de manera sistemática los efectos de semejante poder¹⁰. La tradición teratológica que cristalizó en los enormes tratados de los siglos XVI y XVII mencionaba sin duda semejante posibilidad. Ambroise Paré [1517-1590], Ulisses Aldrovandi [1522-1605] y muchos otros naturalistas citaron casos en los que, una vez dada la deformidad, era posible suponer que había sido producida por la fuerza de las fantasías maternas¹¹. Incluso el médico y erudito italiano Fortunio Liceti [1577-1657] no dudó en colocar la imaginación, tanto materna como paterna, entre las causas de diferentes tipos de monstruos incluidos en su propia clasificación¹². Pero el recurso a la imaginación tan sólo fue aplicado en ciertos casos aislados y nunca como un criterio general por el que fuera posible explicar cualesquiera deformidades o marcas de nacimiento¹³. En un contexto además en el que la descripción y discusión teratológica se refirió siempre a casos específicos y a individuos concretos, impidiendo al tiempo una definición genérica de la palabra

¹⁰ Esta es también la opinión de T. W. Glenister «Prior to the 15th century the notion [de la imaginación maternal] was evidently well established in Europe, but it does not seem to have been used to explain the birth of monsters». GLENISTER, T.W. (1964), «Fantasies, Facts and Foetuses» en *Medical History*, 8, pag. 22.

¹¹ PARÉ, A., (1573), *Deux livres de chirurgie: 1º de la génération de l'homme...: 2º des monstres tans terrestres que marins avec leurs portrais, plus un petit traité des plaies faites aux parties nerveuses*. París. El propio Paré mencionaba la imaginación como la quinta de las causas de los monstruos. La primera era la gloria de Dios, la segunda, su ira, la tercera la gran cantidad de simiente, la cuarta, la falta de ella y así sucesivamente hasta trece diferentes causas. Véase PARÉ, (1982), *Monsters and prodigies*, trad. inglesa, Jamis Pallister, University of Chicago Press, Chicago y Londres, pag. 3 y cap. IX «Ejemplos de monstruos que son producidos por la imaginación», págs. 38 y ss.

¹² LICETI, F., [1616], *De monstrorum causis, natura, et differentiis libro duo. in quibus... trad. Francesa por Jean Palfyn, Description anatomique des parties de la femme qui servent à la génération: avec un traité des monstres [por Fortunio licetus]...et une description anatomique de la disposition...de quelques parties... de deux enfans nés dans la ville de Grand ... 1703*. Leyden, Ve. B. Schouten 1708. Todas las referencias al libro de Liceti están tomadas de esta edición de Palfyn. Véase en este caso, pag. 99, 112 y ss, 135, 170, 225 y ss. 268. 282. 302. Véase también, LICETI, (1616) *De perfecta constitutione hominis in utero*. Patavii, Apud Petrum Bertellium, págs [96]-99. (La pag. 96 aparece en esta edición con el número 82).

¹³ Cfr., por ejemplo, SCHOTT, C., *Physica curiosa*. segundo volumen, pag. 724, parág. «Imaginatio causa monstrorum»: «Quarta causa, nec rara, est vis imaginativa parentum, matrum praefertim, quae saepe absurdas, peregrinas, penitusque monstruosas formas, quas mente volvunt, dum utero concipiunt, at foetum gestant, eidem foetui imprimunt».

«monstruo» y una clasificación de sus diversas variedades, la fuerza de la imaginación, como en general cualquier otra forma de explicación de producciones aberrantes, se limitó a dar cuenta de anomalías específicas, sin que en ningún momento pudieran generalizarse sus efectos, ni tan siquiera para explicar la causa «formal» de todo tipo de nacimiento monstruoso, según la conocida división aristotélica¹⁴.

Esta reducción de los poderes de la imaginación a casos concretos y a individuos aislados —la circunstancia de que nunca llegara a aplicarse de manera universal en todos los nacimientos monstruosos, por ejemplo— explica, al menos en parte, la inconmensurabilidad de las distintas posiciones que sobre sus supuestos efectos veremos aparecer a comienzos del siglo XVIII. Antes de la obra de Malebranche —y con el antecedente notable del *De viribus imaginationis*, un tratado de Thomas Feyens (1567-1631), profesor de medicina de la universidad de Lovaine, publicado por primera vez en 1608 y reeditado repetidas veces durante el siglo XVII¹⁵— la imaginación maternal se mostró extraordinariamente errática a la hora de formular una tesis general y obviamente incapaz de unificar la disparidad social de sus testigos. Por una parte, la naturaleza, o al menos la naturaleza de esta imaginación, no operaba siempre de acuerdo con los mismos principios. Las mismas causas, como los miedos, los deseos o los antojos de la madre, no producían en todos los casos los mismos efectos; más aun, la mayor parte de las veces no producían efecto alguno. Por otra parte, incluso el más ferviente defensor de los supuestos poderes de la imaginación estaba dispuesto a poner en tela de juicio la veracidad de los hechos aportados por algunos tratadistas.

Bien entendido, la reaparición de la imaginación maternal suponía, antes que nada, una re-evaluación científico-social del papel atribuido a la formación de evidencias en el proceso de producción de conocimiento: Quién ha visto qué. O mejor aún: Quién dice qué. No serviría en este caso intentar analizar la validez o no de un supuesto argumento de naturaleza causal puesto que no había en modo alguno argu-

¹⁴ Cfr. *Encyclopédie*: pp. 377 & ss. Se atribuyen al efecto de la imaginación maternal «les resemblances, les monstruosités [...] que l'on observe souvent dans différentes parties du corps des enfans nouveuax-nés, & sur-tout par les taches qu'on voit sur leur peau». También Muratori, (1745). Della forza della fantasia umana trattato. G. Pascuali. Venecia, pág. 135. Sobre las dificultades de definición y clasificación de monstruos, véase mi «Volkomene Monsten und unheilvolle Gestalten. Zur Naturalisierung der Monstrositäten im 18 Jahrhundert, en HAGUEZ (1995) *Der falsche Körper. Beiträge zu einer Geschichte der Monstrositäten*, Göttingen, Wallstein, págs. 56-72. Sobre la falta de sistematicidad en la discusión de la imaginación durante el pensamiento clásico y medieval, véase BUNDY, M.W, (1927). *The Theory of the imagination in Classical and Medieval Thought*, Illinois, Urbana.

¹⁵ FIENUS [lie. Feyens], (1608), *De viribus imaginationis*, Lovaina, en-8. Hay, al menos otras dos ediciones. Una de 1635 en-16 y otra en Londres de 1657 en-12. También se encontrará deletreado a Fienus como Fyens en enciclopedias francesas. Sobre Fienus, véase RATHER, L.J., (1967), «Thomas Fienus (1657-1631). Dialectical Investigation of the Imagination as cause and Cure of Bodily Disease», *Bulletin of the History of Medicine*, 41, 349-67.

mento que analizar. Del establecimiento problemático de dos hechos concomitantes, como son el que se haya producido un nacimiento monstruoso y que la madre reconozca haber sido impresionada por tal o cual objeto, no se sigue ninguna generalización legítima sobre el funcionamiento de la imaginación. Más bien al contrario, entender que la imaginación maternal fue, antes del período clásico, un teoría de la que pudiera predicarse su verdad o falsedad es presuponer aquello que muy justamente se pretende explicar. Antes de la Ilustración, el problema no consistió en establecer la validez de una doctrina que sólo pasó a existir retrospectivamente, sino en la mera acumulación histórica de testimonios más o menos contrastados. Cuando se observa desde la perspectiva de los debates que tuvieron lugar a lo largo del siglo XVIII, los casos aportados por la Antigüedad, o compilados durante la Edad Media y el Mundo Moderno, parecerían ejemplos, instancias de una hipótesis, o de una suposición, que asociaba las imaginaciones de la madre con las deformaciones del feto. Estos «ejemplos», sin embargo, no son más que materiales de libre apropiación que, en cierto modo, no se ejemplifican más que a sí mismos. No son demostraciones de un enunciado preliminar que necesita ser probado, sino unidades culturales formadas por un acontecimiento puntual, su explicación y su testigo. Y en esto, al menos, en nada se diferencian de otras historias de efectos monstruosos a los que se atribuyeron, también singularmente, distintas causas.

HECHOS Y RAZONES

Aun escribiendo a principios del siglo XVIII, el estilo abigarrado del médico inglés Daniel Turner [1677-1740], uno de los defensores de los efectos de la imaginación maternal sobre el feto que se reconoce, muy justamente, deudor de Feyens, no se corresponde con los rasgos más comunes del filósofo natural del período clásico. Más bien al contrario, toda su prosa refleja la verbosidad y el respeto a la autoridad testimonial de los antiguos tratadistas:

«Soranus, según ha observado san Agustín {Lib. cont Julian, cap. IX}, nos ha transmitido la historia de que el tirano Dionisio, pese a toda su malicia y deformidad, tenía siempre en su alcoba un hermoso retrato que colocaba delante de su mujer para que ésta pudiera concebir su semejante por la fuerza de su imaginación. De la misma opinión encontramos a Galeno {Lib. de Theoriac. ad Pison, c. 14}, quien observa que la visión de una imagen es suficiente para alterar y cambiar el feto en la misma semejanza. Y ciertamente el Patriarca de las Sagradas Escrituras [Jacob] no fue ajeno a estos efectos, como demostró por su ingenio de colocar las varas ralladas ante los ojos del ganado durante el tiempo de su conjunción {Gen., c. 30}. Heliodoro, un autor antiguo, nos ha transmitido la historia de Cariclea, que nació blanca de padres etíopes a causa de que la reina sostenía con frecuencia una imagen de Andrómeda coloreada con lápiz blanco¹⁶, y añade que los Gimnosofistas o Sabios, lo adscribie-

¹⁶ Andrómeda era en principio de color negro.

ron muy fácilmente a la fuerza de la fantasía o imaginación. Caelio Rhod. (Antiq. lect. L.20, C. 15) narra cómo Fabio Quitiliano liberó por lo mismo de toda sospecha a una mujer que había engendrado un pequeño negro, tan sólo por haber encontrado placer en contemplar en su aposento el retrato de un etíope. Y la historia de Alcibiades conviene al mismo propósito¹⁷».

Es importante observar que no se trata tampoco en este caso de ejemplificaciones de una teoría específica, sino de una enumeración de testimonios y de citas que pueden extenderse *ad infinitum*. A las declaraciones de los antiguos se unen los comentarios de la patrística. Incluso las Sagradas Escrituras forman parte de una cadena interminable de evidencias a las que Turner añadió también los testimonios de Kepler, de Robert Boyle y de otros filósofos naturales de la nueva ciencia, algunos de cuyos comentarios aparecieron incluso recogidos en las *Philosophical Transactions*¹⁸. Al menoscabar el carácter público de la experiencia, la actitud de Turner consistió en citar el mayor número posible de fuentes antiguas, medievales y modernas con independencia no solo de la verdad, sino incluso de la verosimilitud de muchos de los hechos discutidos. Así se nos dice, por ejemplo, que el médico Bartholine escribió la historia de un niño que nació con la cabeza igual a la de un gato. Después nos cuenta otro relato del historiador francés Paradin sobre una mujer, la sobrina del Papa Nicolás III nada menos, que dió a luz a un niño cubierto de pelo y, que en lugar de dedos, nació provisto con garras de oso —lo que según Licóstenes sucedió en realidad en el primer año del pontificado del papa Martín IV. Se nos dice después que un niño nació con las tripas colgándole del vientre porque la madre fue obligada a contemplar la matanza de un cordero; otro nació con el prepucio cortado e invertido, otro vino al mundo con la forma del diablo después de que un actor de Brabante tuviera contacto con su mujer mientras seguía disfrazado del maligno. Y eso nos lo cuenta Juan Luis Vives. Y el holandés Schenknius nos informa de que una mujer de Lovaina dio a luz a tres niños de tres razas diferentes que fueron concebidos el día de la Epifanía. Y después está el caso de un niño que tenía la cabeza de una almeja; de otro más del que se nos dice que nació con la cabeza de una rana y de otro aún que nació con la cara igual que la de un mono o con una lagartija que le crecía en el pecho¹⁹.

Algunos historiadores han insistido en que uno de los aspectos más definitorios del nuevo espíritu científico que se impuso en Europa a finales del siglo XVII fue la negación en bloque de los hechos heredados de la antigüedad²⁰. La explicación de esta afirmación apenas si requiere comentario: el nuevo método de la ciencia, basado en la experimentación y el análisis, no aceptó el argumento de autoridad de los antiguos, sino que estableció sus propias coordenadas valorando la experiencia por en-

¹⁷ TURNER, (1714), *De Morbis*, cap. XII, pág. 113.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 119.

¹⁹ *Ibidem*, cap. XIV.

²⁰ Por ejemplo, ROGER, J., (1971) *Les sciences de la vie dans la pensée française du XVIIIème siècle: La génération des animaux de Descartes à l'Encyclopédie.*, Vrin, París, pág. 185.

cima de la autoridad y el conocimiento público por encima del testimonio privado. Al menos en el caso que nos ocupa, sin embargo, no hay «hechos» que puedan ser negados. Las historias que aparecen recogidas primero en el tratado de Feyens, y ciertamente después en el de Turner, no son hechos, sino *dicta*, historias artificiosamente recreadas —aunque no necesariamente «falsas» —que supuestamente describen acontecimientos de la realidad. Desde esta perspectiva, la discriminación de la realidad de la ficción no tomó ni pudo tomar nunca la forma de una separación ontológica entre los hechos verdaderos y los hechos falsos —no hay después de todo nada que pueda ser considerado un «hecho falso»—, sino que se limitó a examinar la credibilidad de las fuentes consultadas.

Incluso a principios del siglo XVIII, los procedimientos heurísticos o experimentales utilizados para distinguir entre historias verdaderas e historias falsas no era un asunto nada fácil de resolver. No sólo había que enfrentarse a la tradición de los antiguos tratadistas, sino a toda la pléyade de historias de la narrativa popular que desbordaban de manera continuada las restricciones del conocimiento académico. La imaginación maternal formaba parte de un conjunto de historias, cuando menos controvertidas y cuando más reconocidamente absurdas, supuestamente basadas en la experiencia y atestiguadas, algunas de ellas, por una enorme variedad de fuentes antiguas, medievales y modernas. Otros muchos casos podrían citarse provenientes de la literatura científica de comienzos del siglo XVIII que comparten un similar estatus epistémico. La supuesta capacidad de los sapos para caer del cielo, los peligros a los que las ranas sometían al ganado, el crecimiento de las uñas y el pelo de los cadáveres, la ceguera que producía el esputo de las salamandras, la existencia de los hombres lobo o los vampiros, la curación de las verrugas con leche de higos, el cambio de sexo al que supuestamente se sometían las liebres, la existencia de los cíclopes, la muerte de las serpientes antes de la puesta del sol, los supuestos habitantes de Saturno, el suicidio de los escorpiones o la regeneración de las colas de las salamandras son sólo algunos de estos «hechos» aportados por la cultura popular y discutidos en mayor o menor grado por la nueva ciencia²¹.

Lo más difícil, entonces, era negar «los hechos», puesto que no había en modo alguno hechos experimentalmente constituidos que pudieran ser pública, esto es, científicamente, negados. No fue, según se ha dicho, una negación en bloque de los hechos heredados, sino una re-evaluación del entero proceso del conocimiento que, descansando ahora en una diferente cualidad racional, esto es: esencialmente moral, de aquél que aseguraba tener algo como evidente, reconoció, por primera vez, la posibilidad no sólo del error, sino también, y sobre todo, del fraude. La negación de los hechos no fue sino la negación de los testigos. No fue nunca un dudar de todo,

²¹ Cfr. THOMAS, K., (1983), *Man and the Natural World*. Penguin, Londres, capítulo II: «Natural History and Vulgar Errors».

sino un dudar de todos, y por tanto de todo lo que se había dicho. Esa es la consigna que marcará los primeros pasos de las nuevas publicaciones científicas. Las comunicaciones dirigidas a las *Mémoires* de la Academia francesa, a las *Philosophical Transactions* de la *Royal Society*, o a las *Acta Eruditorum* se caracterizaron, durante las últimas décadas del siglo XVII, por la ausencia sistemática de referencias y de citas. Más aún, allí donde éstas aparecen lo hacen o bien en estricta oposición a aquello que acaba de ser probado, o bien como argumento de autoridad *a posteriori*, es decir: como rehabilitación parcial de quien había sido previamente desautorizado.

Este proceso de re-evaluación de los testigos del conocimiento, como podría llamarse, no acabó además con los antiguos tratadistas, sino que alcanzó obviamente a las tradiciones populares e incluyó, a partir de la última década del siglo XVII, la negación en bloque de las historias narradas por fuentes extranjeras. Con excepción de las *Ephémérides Germaniques* publicadas por la *Académie des Curieux de la Nature*, ya no se encontrarán en Francia comunicaciones como el «Extrait de plusieurs lettres *écrites de Rome*» donde se contaba la historia de un huevo que contenía la cabeza de un pequeño hombre²²; o como aquella otra historia aparecida el 21 de Agosto de 1684 en la que se decía *desde Inglaterra* «que un gran roedor se había apareado con una gata, de la que habían nacido crías que eran mitad gatos y mitad ratas»²³. Al desautorizar la credibilidad de los testigos, el carácter nacional de las publicaciones científicas no negó necesariamente esos hechos, no los cuestionó en cuanto hechos, sino que simplemente los convirtió en rumores, situándolos más allá de un discurso científico de las evidencias. Después de todo, aun cuando Bennard de Fontenelle [1657-1757], secretario perpetuo de la Academia de las Ciencias de París, escribía en 1709 que aquella historia de una princesa holandesa que dio a luz a 365 criaturas en un sólo parto era «probablemente un cuento», él mismo incluyó en las «Observations anatomiques» de la misma Academia otros fenómenos no menos problemáticos: en 1713, por ejemplo, un niño nació «con la cabeza de un riñón de ternera»²⁴; el mismo año se contó la historia de un hombre que permaneció dormido durante más de 6 meses²⁵; en 1715, la cabeza de un feto era como un racimo de grosellas²⁶; en 1719 las uñas de los pies de una mujer crecieron tan deprisa que decidieron mandarla exorcizar²⁷. Incluso el *Journal des Savants* se disculpaba en 1686 por la dificultad de explicar cómo una mujer había podido parir un perro, incluso si se tenía en consideración, según se nos decía, «la horrible brutalidad del marido»²⁸.

²² París, *Journal des Savants*.1681 (20 de enero, pp. 23-24). Mi subrayado.

²³ *Ibidem*, 21 de agosto de 1684. pág. 288. Mi subrayado.

²⁴ Académie des sciences, *Mémoires pour servir à l'histoire de l'Académie Royale des Sciences pour les années 1699-1776*. París. 1702-97, 93 vol. in-fol; París 1716, pp. 20-21.

²⁵ *Ibid.*, p. 313. «Histoire d'un assoupissement extraordinaire, par M. Imbert».

²⁶ *Ibid.*, París,1718, pág. 14.

²⁷ *Ibidem*, París, 1720, pp. 38-43.

²⁸ París, *Journal de Savants*, 1686, pág. 263.

Después del caso de Mary Toft, la mujer que supuestamente dio a luz a dieciseis conejos, cuando la Ilustración inglesa inició abiertamente la disputa sobre la facultad imaginativa, lo que encontramos son dos discursos prácticamente inconmensurables tanto en lo que respecta a la naturaleza de lo que se discute, cuanto en lo que tiene que ver con la posición social del que argumenta. Al discurso de los hechos, o al menos de los hechos aportados por los viejos tratadistas, se opuso el discurso de las razones. ¿Pues no será más fácil demostrar la imposibilidad de la influencia psicofísica entre la madre y el feto que tener que negar los testimonios, uno a uno, de todo aquél que alguna vez se haya mostrado partidario de semejante poder? Y mientras esto último sería una tarea de dimensiones extraordinarias, lo primero supone situarse en un universo negativo en el que se pueda probar la imposibilidad de un hecho perfectamente avalado no sólo por la autoridad, sino también por la experiencia. No bastará además con poner en tela de juicio algunos de los ejemplos aducidos, sino que será imprescindible discutirlos todos: los de Sennerto, los de Thomas Bartholin, y los de Plinio; los de Avicena, los de san Agustín y san Jerónimo; los de Cornelio Agripa y los de Marsilio Ficino; los de Aristóteles y los de Licóstenes; los de Pomponazzi y los del Génesis. Como perfectamente escribió el erudito italiano Ludovico Antonio Muratori [1672-1750]: «Un solo ejemplo bien verificado que pudiera aducirse en favor de la comunicación de la pasión de la madre con el feto bastaría para declarar victoriosos a los llamados imaginacionistas, puesto que lo que sucede una vez puede suceder otras y en otras personas»²⁹. Reconocer lo contrario sería tanto como admitir que o bien la naturaleza no obedece patrones regulares o que la imaginación maternal es una suspensión provisional de ese mismo orden.

Comparado con el número ingente de testimonios, con su variedad y su autoridad, el anti-imaginacionista, está solo. Pues quizá sea posible dudar de las palabras de Licóstenes, o de Aldrovandi, que pecó de la misma credibilidad de la que también hizo gala Plinio, o del historiador francés Guillaume Paradin, a quien ya en el siglo XVIII se le atribuía el mismo defecto. Lo que se hizo, sin embargo, fue reducir ese conjunto de voces a una unidad, que se denominó «tesis imaginacionista», y atacar esa tesis, cuya unidad no le era en absoluto inherente, con toda suerte de recursos argumentativos y demostraciones fisiológicas. El uso de esta expresión permitía, en efecto, asociar esta tesis con el vulgo y su ignorancia secular, esto es: con aquel cuya voz estaba ya de por sí enteramente desautorizada. Era posible, además, ganar la disputa excluyendo socialmente al que defendiera la posición contraria, convirtiendo su postura en una mera habladuría. Al reducir una discusión de los poderes de la

²⁹ MURATORI, L., (1745), *Della forza della fantasia umana, trattato*. Presso Giambatista Pasquali, Venice. Véase, cap. XII: «Dell Macchie del feto umano attribuite alla forza della Fantasia materna». pág. 155: «Un solo esempio ben verificato, che si potesse adduire della comunicazione delle Passioni della Madre nel Feto, a darla vinta a i chiamati immaginazionisti; pechè ciò, che succede una volta, può succedere altre persone».

imaginación «en sus efectos» a una teoría de «los efectos de la imaginación», las historias narradas por antiguos tratadistas, como las citadas por Turner por ejemplo, pasaron a ser meros rumores, parte de una lengua subterránea que había quedado excluida *de facto* del lenguaje oficial de las razones.

Desde el principio, la disputa sobre la imaginación maternal en Inglaterra parecía enfrentar a los antiguos con los modernos, a los obscurantistas contra los ilustrados, a la *low popular culture* contra la sociedad bien pensante y, sobre todo, a los defensores de una razón contra aquellos *feeble minded* que habían sucumbido, ya fuera por interés o por ignorancia, a los delirios más conspicuos de su imaginación.

Esta ubicación epistemológica y social del argumento contrario fue, por supuesto, ligada a otro conjunto de razones de naturaleza demostrativa que presuponían, sin embargo, la existencia de aquello que de antemano se pretendía negar. Es muy importante entender que la estructura narrativa de cualquiera de las fuentes citadas por Turner a propósito de la imaginación maternal incluye al menos cuatro momentos diferentes: en primer lugar, es necesario que se haya producido un nacimiento anormal y que éste se encuentre perfectamente atestiguado. Es necesario, en segundo lugar, que la madre confiese o que se tenga constancia por otros medios de que haya sufrido alguna impresión notable durante el coito o durante la gestación. En tercer lugar, hay que postular que existe una conexión causal entre el primer fenómeno físico y el segundo hecho anímico, de tal manera que lo primero pueda explicarse por lo segundo. Finalmente, habrá que saber si esta conexión se ha producido sólo en ciertos casos aislados, en esta madre y en este monstruo, o si puede, por el contrario, establecerse una regularidad natural y una constancia entre ambos hechos. Una completa reconstrucción cultural de estos cuatro pasos podrían servir muy fácilmente para recomponer el *status* epistemológico del concepto de naturaleza durante el mundo moderno³⁰. Algo que excede notablemente los límites de este artículo. Merece la pena, sin embargo, detenernos brevemente en las posibilidades que se abren a partir de cada una de los cuatro pasos que hemos diseccionado aquí de manera artificial para una comprensión más ajustada del proceso en su conjunto.

Es importante insistir, en primer lugar, en que Turner no discute propiamente ni hechos ni causas, sino que se limita a establecer conexiones entre diferentes tipos de testimonios. Turner no habla de las propiedades de la imaginación ni pretende formular una teoría general que explique las deformaciones o marcas de nacimiento. Su narración se restringe a dar cuenta de tales y cuales acontecimientos según testimonios diversos. De alguna manera, el estatus epistemológico de su discurso sería equivalente al de cualquier aficionado que a finales del siglo XX hubiera hecho una compilación de, pongamos por caso, las veces que los seguidores de un parapsicólogo cualquiera hubieran doblado cucharas o reparado relojes movidos, supuestamente, por un

³⁰ DASTON Y PARK, *Wonders and the order of Nature*, Nueva York, Zone Books, 1998.

cierto poder de convicción. Entonces, como ahora, la posición de la parte contraria implica un compromiso mucho mayor con la regularidad de los procesos naturales.

Para empezar, es posible que el único hecho que da origen al conflicto en su conjunto, un nacimiento monstruoso, se encuentre perfectamente atestiguado o que la frecuencia con la que se producen ese tipo de nacimientos haga muy difícil negar la posibilidad de que semejante caso se haya podido producir realmente. En este sentido, merece la pena recordar que a finales del siglo XVII el número de monstruos recogidos en las memorias anatómicas de las sociedades y academias científicas había crecido de forma tan exponencial que no fue difícil alcanzar la conclusión sólo aparentemente anti-intuitiva de que estos fenómenos únicos y extraordinarios eran a la postre bastante frecuentes³¹. En la mayor parte de los casos, la dificultad no surgió a la hora de aceptar el nacimiento monstruoso, sino su caracterización como efecto de una reacción meramente anímica³². Más complicado resultaba aún la negativa a reconocer como creíble el testimonio de la madre. Puesto que en este caso cualquier examen descansa en la credibilidad de la fuente, la posibilidad de «demostrar» su falsedad radica en última instancia tan sólo en que la madre confiese que su testimonio inicial ha estado guiado por el interés. Como ha explicado Denis Todd, fue justamente la confesión de Mary Toft la única de todas las «pruebas» que puso fin al debate sobre la naturaleza de sus extraordinarios alumbramientos³³. En tercer lugar, se puede aceptar el nacimiento anormal y la sinceridad de la madre negándoles al mismo tiempo el *status* epistemológico de causa y efecto. E incluso aceptando la naturaleza causal del proceso, se podría negar que la imaginación fuera la causa eficiente y aceptar tan sólo su responsabilidad formal. En el primero de estos supuestos, la explicación del nacimiento monstruoso recaería enteramente en otra parte; en la segunda, la imaginación sólo explicaría la forma, la particular impronta que ha recibido el monstruo, pero nada podría decir sobre los mecanismos de su generación. Finalmente, pero no menos importante, se puede aceptar el hecho físico, el testimonio y la relación causal entre ellos (del tipo que ésta sea) y, sin embargo, negar su carácter «natural». Se puede tratar, en efecto, de un hecho aislado sobrenatural (de un milagro), o de un fenómeno, también aislado, de carácter preternatural, esto es: de un *lusus naturae*³⁴.

³¹ Cfr. HA 1701 (1719): 55.

³² Sobre la constitución de los monstruos en hechos, véase MOSCOSO, J. (1995), «Vollkommene Monstren und unheilvolle Gestalten: Zur Naturalisierung der Monstrosität im 18th Jahrhundert», en Michael Hagner (ed.), *Der falsche Körper. Beiträge zu einer Geschichte der Monstrositäten*. Walstein Verlag, Göttingen, pp. 58-72.

³³ Cfr. TODD (1995), citado en nota 7.

³⁴ Sobre estos asuntos, véase DASTON, L., (1997), «The Nature of Nature in Early Modern Europe» en *Max-Planck Institute für Wissenschaftsgeschichte*. Preprint 59; e *Ibidem*, (1991). «Marvelous Facts and Miraculous Evidence in Early Modern Europe», en Chandler, Davidson and Harootunian (eds), *Ques-*

Con todas las diferencias que se quiera, invocar la autoridad de los milagros a finales del siglo XVII era reconocerse cómplice y enfermo de entusiasmo. Y mientras que en países protestantes se declaraba, casi como dogma, la cesación de la intervención divina en los asuntos mundanos durante la historia temprana de la Cristiandad, en los países católicos, muchos de estos «hechos» fueron tildados de mera superstición o fanatismo³⁵. En ambos casos, el defensor de los milagros en poco se diferenciaba de un agitador social o, lo que es aún peor, de un enfermo mental. En términos similares puede describirse el proceso de reducción o naturalización de lo preternatural, un proceso en el que la acumulación sistemática de fenómenos y objetos no fue parte menor en el proceso. Más interesante para nuestros propósitos, sin embargo, son las relaciones de legitimación en lo que respecta a los testimonios involucrados. Pues aunque el propio James Blondel, el máximo oponente de Daniel Turner, negó la posibilidad de la conexión física entre la madre y el feto basándose en demostraciones anatómicas, el grueso de su discusión giró en torno al establecimiento de los hechos y a la naturaleza misma de lo que debía o podía considerarse «carga argumentativa». Aunque de un modo muy diferente a lo que sucedió en Francia, también en Inglaterra la disputa sobre los supuestos efectos de la imaginación maternal sobre el feto desembocaron en una discusión sobre los abusos no imputados, sino reales, de la facultad imaginativa. En última instancia los únicos efectos perniciosos de la imaginación, venía a decir Blondel, eran los que habían dado lugar a las descabelladas ideas del propio doctor Turner. Eran él y sus seguidores los que habían sucumbido a los efectos más perniciosos de la imaginación. Más aun: era la creencia en la imaginación maternal la que aparecía como un efecto ridículo de una imaginación gobernada por el entusiasmo.

En el caso de la disputa entre los doctores Blondel y Turner que ocupó a la sociedad inglesa durante las primeras décadas del siglo XVIII, lo que encontramos es una discusión general que opera en diferentes niveles que pueden abandonarse o retomarse según las circunstancias. Existe, en primer lugar, el frente de lo que hemos venido en llamar «el valor testimonial y la autenticidad de los hechos». Para Blondel, la carga testimonial de la narrativa de Turner es simplemente insoportable. Hay, por así decir, demasiadas palabras y muy pocos «hechos». Persiste, en segundo lugar, la naturaleza epistemológica de la supuesta causación entre la imaginación de la madre

tions of Evidence. Proof, Practice and Persuasion across the Disciplines, The University of Chicago Press, Londres y Chicago, págs. 243-274.

³⁵ Véase VIGUERIE, J. de (1983), «Le Miracle dans la France du XVII^e siècle», *XVII^e siècle*, 35, Juillet, págs. 313-31; DEAR, P., (1990), «Miracles, Experiments, and the Ordinary Course of Nature» en *ISIS* 81. 663-683; VIDAL, M., (1987), *Miracles et convulsions jansénistes au XVIII^e siècle: Le Mai et sa connaissance*, P.U.F., París, especialmente págs. 33-45: «L'écriture de miracle»; y MAIRE, C.L., (1985), *Les convulsionnaires de Saint-Médard. Miracles, convulsions et prophéties à Paris au XVIII^e siècle*, Gallimard, Juillard.

y el desarrollo del feto. Para Turner, ninguno de los argumentos fisiológicos de Blondel puede probar de manera infalible que semejante influencia psico-física no se haya producido en alguna ocasión de todas las que él cita. Esto es: Turner insiste en la falta de verosimilitud de un argumento, el de Blondel, que pretende probar exclusivamente mediante razones la no-existencia de un fenómeno avalado por la autoridad y la experiencia. Finalmente en una caracterización *ad hominem* de la discusión, Blondel entiende que, a todos los efectos, Turner se comporta, piensa y razona como una *mujer*. Lo que se inició como una disputa meramente académica terminó por convertirse en un campo de batalla en el que dirimir *ex novo* el programa más aparente de la Ilustración. La defensa del capítulo XII del *De morbis cutaneis*, que dio origen al conflicto, se terminó convirtiendo en una defensa del propio Turner, y de su legitimización como «Persona» y no solo como «testigo». Ya no es la ciencia, ni siquiera es sobre todo la ciencia, sino la consideración al respeto debido, a la calidad moral, y a la conducta social, de lo aquí se trata³⁶. No es sólo que, a los ojos de Blondel, el espíritu del doctor Turner sea débil, sino que esa debilidad de sus juicios, esa falta de claridad y orden en las ideas de su entendimiento resultan de su naturaleza impresionable, de una disposición orgánica y sensitiva más propia de una «comadrona» o de una «vieja viuda» que de un miembro del *Royal College of Surgeons*. Al igual que una embarazada, nos explica Blondel, el doctor Turner tiene «antojos irracionales» que le fuerzan a sacar a la luz ideas y textos monstruosos, o lo que es igual ininteligibles. Son los delirios y los desórdenes de su imaginación los que llevan al doctor Turner a cometer esos excesos lingüísticos, a generar esa verborrea en la que envuelve tanto su ingenua credibilidad como sus errores de concepción. La técnica argumentativa es, sin ninguna duda, la del desplazamiento. Turner se equivoca no porque lo que diga sea intrínsecamente falso, sino porque él mismo se desplaza más allá de la esfera del conocimiento legítimo.

Es importante entender aquí que la actitud de Blondel no responde a una animadversión personal —por más que en este caso esto sea también posible—, sino más bien a una repudiación cultural de la posición contraria. Blondel ataca «personalmente» a Turner con todo lo que en una disputa académica le está pública y culturalmente permitido. Toda la artillería de la Ilustración emergente se encuentra a su disposición, por más que el propio Blondel también comparta el prejuicio de que los desórdenes de la imaginación producen ampulosidad en el lenguaje y grandes defectos en la concepción —intelectual en este caso. En un sentido muy riguroso, cabe decir sin ambages que el doctor Blondel no solo fue capaz de inventarse una teoría, sino que, en un verdadero atropello cultural, le fue igualmente posible construirse su enemigo. Entonces como ahora, nadie en su sano juicio podría quitarle la razón.

³⁶ TURNER (1730), pág. 6: «I come now to a farther Defence, not only of Power of the Mother's imagination, but of my self, from certain Charges I perceive you (Blondel) have brought against me»

ORDEN E IMAGINACIÓN

También la Ilustración francesa vió nacer una doctrina de la imaginación maternal con implicaciones en todos los órdenes del espectro académico y social. La creencia se había popularizado en Francia a partir de 1670 a través de tratados populares de obstetricia y manuales de educación sexual. Los dos libros más importantes de este género publicados en Europa a finales del siglo XVII, el anónimo inglés *Aristotle's Masterpiece* y el *Tableau de l'amour conjugal* de Nicolas Venette, dedicaron diversos capítulos a discutir la imaginación y sus efectos³⁷. En la misma línea encontramos también el famoso poema latino *Callipaedia sive de Pulchrae Prolis Habendas Ratione*, un libro que se publicó por primera vez en Leyden en 1655, en el que Claude Quillet [1602-1661], que había abandonado la medicina en favor de la poesía después de negarse a aceptar la presencia de endemoniadas en el convento de las Ursulinas en Loadun, se mostraba partidario no sólo de la influencia de la imaginación sobre el feto sino del poder que los astros ejercían igualmente sobre el mismo asunto³⁸. En el caso francés, sin embargo, la imaginación maternal no se recuperó porque fuera capaz de proporcionar una explicación psicofísica del origen de la deformidad física, sino porque parecía posible explicar por este medio la innegable semejanza que los hijos presentaban con respecto a sus padres. Allí donde el Renacimiento había hecho de esta supuesta capacidad de la mujer una causa más entre otras por la que se podía dar cuenta de por qué en ocasiones excepcionales los hijos no presentaban parecido alguno con los supuestos responsables de su generación, y sí en cambio con algunos otros objetos o animales que, en principio, no habían intervenido en el proceso de su gestación, en la Francia ilustrada esta supuesta capacidad no se utilizó para explicar la excepción, sino la regla. Fue en este sentido, como explicación de la semejanza, como la imaginación maternal adquirió por primera vez un

³⁷ Nicolas Venette, *De la génération del l'homme, ou tableau de l'amour conjugal*, Amsterdam, 1687. Este libro se tradujo al inglés en 1703 y se reimprimió con extraordinaria frecuencia. Sobre Venette, véase PORTER, R., (1984) «Spreading carnal knowledge or sellir dirt theap? Nicolas Venette's Tableau de l'amour conjugal in eighteenth-century England» en *Journal of European -Studies*, XIV, 233-55. Anónimo, *Aristotle's Compleat Experienc'd Midwife*, 1700. Este libre contó con innumerables reedicions hasta la década de 1930. Sobre la recepción y la distribución de literatura paramédica, *cfr.* BOUCÉ: P. G.: «Soma Sexual beliefs and myths in eighteenth-century Britain» en . BOUCÉ, P. G. (ed.), *Sexualité in Eighteenth-Century Britain*. Manchester, 1982, pp. 22-46 and BOUCÉ, P. G.: «Les jeux interdits de l'imaginaire: onanisme et culpabilisation sexuelle au XVIIIe siècle» en CÉARD, J. (ed.), *La folie et le corps*. París, 1985, pp. 223-43; PORTER, R.: «The secrets of generation display'd: Aristotle's Materpiece in eighteenth-century England» en R.F. Maccubin, (ed.), *Unauthorized Sexual Behavior during the Enlightenment*. Special issue of *Eighteenth-Century Life*, IX, n.s.3, 1985, pp. 1-21.

³⁸ Quillet, *Callipedia*. Trad. inglesa de N. Row, Londres, A. Bell el al., 1708, Book III. El poema volvió a publicarse de nuevo en 1656 y otra vez en 1708 con pie de Londres. Se tradujo al francés, en prosa, en 1749 (en París), en 1799 (en Burdeos) y en verso en 1744. También se tradujo al inglés en 1710 y se reimprimió una docena de veces en esa lengua hasta 1761 y seis veces en Francia antes de 1832.

cierto carácter normativo y desligado «en parte» de la tradición teratológica. Y hemos de decir «en parte» porque aun cuando la teoría continuó explicando la producción de rasgos aberrantes —más aún, este fue en principio su uso más aparente— el uso de la doctrina en la comprensión de la deformidad fue sólo un efecto necesario, y genuinamente heurístico, para verificar empíricamente su influencia en los casos normales, o lo que es igual: en todos aquellos en los que era imposible establecer de antemano ningún otro procedimiento experimental.

Es así, como explicación de la continuidad de las especies y de la similitud entre hijos y ancestros como el padre Nicholas Malebranche [1638-1715], inspirado tal vez en algunos textos del propio Ambroise Paré³⁹, discutió los efectos de la imaginación maternal en el Libro II de su *Recherche de la vérité* en 1674-75⁴⁰. También en este mismo sentido el médico Claude-Nicolas Le Cat [1700-1768], ya a mediados del siguiente siglo, la entendió como un procedimiento muy adecuado para explicar la continuidad de las razas tanto como el origen de su diversidad⁴¹. Incluso sin saber exactamente en qué podía consistir semejante fuerza de la imaginación, algo llamado con ese nombre parecía ser capaz no simplemente de modificar, sino también de garantizar la regularidad de las producciones naturales⁴². La imaginación maternal permitía explicar por qué, según escribía Malebranche, «una yegua no engendraba una ternera o por qué una gallina no podía poner un huevo que contuviera una perdiz u otro pájaro de una nueva especie»⁴³. Una vez que se hubo alcanzado la conclusión pre-existencialista de que los niños «se encuentran ya formados [por Dios] antes incluso de que tuviera lugar la acción por la que eran concebidos», la imaginación maternal resultaba inevitable para «que el niño tuviera algún parecido con la madre o para que fuera de su misma especie»⁴⁴.

³⁹ Véase Ambroise Paré, *Toutes les oeuvres*, livre XXIV: «De la génération de l'homme», capítulo 1. pp. 925-926: «On voit le plus communément les enfans ressembler plus au père qu'à la mère, pour la grande ardeur et imagination qu'à la mère en la copulation charnelle! Tellement que l'enfant attire la forme et couleur de ce qui si fort elle cognoist et imagine en son entendement». Citado también por ROGER, J. (1973) *Les sciences de la vie*. París, pág. 87.

⁴⁰ MALEBRANCHE (1958-64), *De la recherche de la vérité*. en *Oeuvres complètes*. editadas por André Robinet, 14 vols. París, 1958-64, en el volumen II, libro II, capítulo VII, S III. En este caso he consultado la edición de Lewis, 1945 en su vol. I, págs. 124-125: «Cependant il me semble que sans cette communication [entre el cerebro de la madre y del feto] les femmes et les animaux ne pourraient pas facilement engendrer de petits de même espèce. [...] il est très difficile, sans cette communication [...] d'expliquer comment une cavale n'engendre point un boeuf, et une poule un oeuf qui contienne une petite perdrix ou quelque oiseau d'une nouvelle espèce».

⁴¹ LE CAT, N. (1755), *Traité de la couleur de la peau humaine en général, de celle des nègres en particulier et de la métamorphose d'une de ces couleurs en l'autre, soit en naissance, soit accidentellement*, Amsterdam, art. II, págs. 18 y ss.

⁴² Véase DARMON, P., (1977), *La mythe de la procréation à l'âge baroque*. J.J. Pauvert, París, esp. ch. X: «Le foetus».

⁴³ Malebranche, *Recherche de la vérité*. ed. Lewis, tomo I, pág. 124-125.

⁴⁴ *Ibidem*, pág. 125.

Nicholas Malebranche, que había comenzado a interesarse en problemas embriológicos a partir de la publicación póstuma, en 1664, del *Traité de l'homme et de la formation du foetus* de René Descartes [1596-1650], fue en efecto uno de los primeros en ofrecer una formulación de la teoría de la pre-existencia embrionaria así como en explicar los fenómenos de similitud y disimilitud entre hijos y ancestros por medio de la imaginación maternal⁴⁵. Su punto de partida es que «la vida [i.e., la identidad] de los hombres no consiste sino en la circulación de la sangre» —lo que también incluye la circulación de esa parte más sutil de la sangre que Malebranche denomina, siguiendo en esto al anatomista inglés Thomas Willis [1621-1675], «espíritus animales», y que constituye el vehículo de transmisión de todos nuestros sentimientos, pensamientos e ideas. La consanguineidad funcional garantiza que las pasiones, los sentimientos y en general los pensamientos que se ocasionan en el cuerpo sean comunes a la madre y al niño. La relación entre el árbol y su fruto, para utilizar la expresión del historiador Pierre Darmon, manifiesta una unidad tan íntima que en realidad se trata de dos almas distintas en un sólo cuerpo⁴⁶. Pero si esta identidad, en última instancia la materna, servía como garantía de una relación de identidad corporal entre la madre y el hijo, tampoco podía constituir por sí misma el único fundamento sobre el que establecer su relación intelectual⁴⁷. Malebranche, cuya intención última en esta sección de su libro era dar cuenta tanto de la transmisión del pecado original como de la circulación de la gracia, llegaba entonces a postular en el cerebro de los hombres lo que él denominaba una «disposición natural a la imitación», un resorte que, bajo el nombre de «compasión», consistía en la supuesta capacidad que tenemos de sufrir por los otros y de dirigir nuestros espíritus animales a las partes de nuestros cuerpos donde los cuerpos de los otros sufren⁴⁸. Pero esta capacidad, imprescindible para el sostenimiento de la sociedad civil —como por otra parte, pondrá de manifiesto un siglo más tarde, en 1764, el ilustrado italiano Césare Beccaria— no está, ni puede estar repartida entre los hombres equitativamente, sino que la poseeran en mayor grado aquellos cuya «imaginación sea más viva y cuyas carnes sean más tiernas y más blandas»⁴⁹. Es por eso, explica Malebranche, por lo que las mujeres y los niños no pueden ver las heridas infligidas a su prójimo sin sentir en su propio cuerpo el dolor equivalente, el «contra-golpe» —*contre-coup*— que desata irremediabilmente el sentimiento de la compasión⁵⁰. Lo

⁴⁵ Es un hecho con frecuencia olvidado por historiadores del pensamiento filosófico y científico que *La recherche de la vérité* conoció cinco ediciones francesas entre 1721 y 1772 y que fué una de las obras más populares de la ilustración francesa. *Cfr.* la edición de crítica de D. Roustan publicada en París, 1938, en su pág. 393.

⁴⁶ Malebranche, *Recherche*. Rodis-Lewis, pág. 119.

⁴⁷ «la vie de l'homme ne consiste que dans la circulation du sang, et dans une autre circulation de pensées et de désirs». pág. 96.

⁴⁸ *Ibidem*, pág. 120.

⁴⁹ *Ibidem*, pág. 120.

⁵⁰ *Ibidem*, pág. 121.

que sucede todavía con mayor motivo, se entiende, en el caso de los niños que se encuentran en el seno de su madre, estando sus carnes todavía muy blandas y siendo la imaginación de las mujeres enormemente excitable⁵¹. De este modo, concluye Malebranche, los niños «ven lo que sus madres ven, escuchan los mismos gritos, reciben las mismas impresiones de los objetos y son movidos por las mismas pasiones»⁵².

El tratamiento que Malebranche confiere a estas «suposiciones» difiere ampliamente de lo que hemos visto en Inglaterra. Frente a la multiplicación de los testigos mencionados por Turner, la eficacia del razonamiento de Malebranche no depende del número de sus instancias, sino de la administración de la evidencia. Mientras Turner, siguiendo en esto el estilo de los viejos tratadistas, enumera casos que no se remiten más que a sí mismos, y que aparecen así como meros signos de carácter autorreferencial, los alumbramientos anormales en manos de Malebranche no son historias prenaturales cuya supuesta realidad necesite ser probada, sino experimentos de la naturaleza en los que se deposita la carga argumentativa⁵³. El tratamiento diferente de los elementos de juicio modifica a su vez su estatus epistemológico. Pues mientras que de la lectura de Turner se colige a lo sumo que la imaginación debe, o ha debido alguna vez, ser capaz de modificar el feto dada la cantidad y disparidad de los testimonios favorables, para Malebranche, la imaginación es siempre capaz de modificarlo, como se demuestra de manera incontestable en los ejemplos que se aducen. La dificultad a la que se enfrenta Turner de justificar la naturaleza de una inferencia ampliativa se transforma en Malebranche en el problema, esencialmente diferente, de la aceptación de sus ejemplos como implicaciones contrastadoras: Si la imaginación, «en condiciones normales», produce similitud, una modificación de las condiciones generará alteraciones en el desarrollo embrionario. A la verdad de los hechos se contraponen la lógica de las razones⁵⁴. De ahí que los ejemplos de Malebranche, al contrario que los de Turner, no estén escogidos al azar, no poseen ningún valor intrínseco ni se suman a la tradición de las historias prodigiosas o preternatura-

⁵¹ También Fouquet en el artículo «Sensibilité» que escribirá para la *Encyclopédie* retoma parte de las ideas de Malebranche y, a decir verdad, de la tradición fisiológica montpelleriana, para explicar las diferencias en los grados de sensibilidad que se producen en la edad y en los sexos. Para empezar, los niños y las mujeres son más sensibles a causa «de la souplesse, la fraîcheur et la ténuité des lames du tissu muqueaux». Es la sensibilidad excesiva de los niños la que los vuelve más propicios a las convulsiones y a los espasmos, mientras que es el útero, uno de los centros de la sensibilidad de las mujeres, el que las vuelve susceptibles a los vapores.

⁵² Malebranche, *Recherche*, tomo I, pág. 119.

⁵³ Sobre la transformación de los signos en evidencias, Cfr. HACKING, I., *The rise of Probability*. trad. española, Barcelona, Gedisa, 1995.

⁵⁴ TURNER, D., (1714) *De morbis cutaneis. A Treatise of Diseases incident to the Skin*, Londres R. Bonwike et al., 1714, pág. 107: «Again, the Sight of some miserably affectec or tortur'd Person, sadly lamenting before us, will make the more compassionate at leats, to shrung, and fancy that he fees a Pain like that of the poor Sufferer».

les. Los casos que menciona el autor de *De la Recherche* no importan más que como evidencias demostrativas. Su lógica interna explicita el recurso retórico que consiste, como en la nueva ciencia de la mecánica, en explicar lo invisible por lo visible, o con otras palabras: en hacer que lo invisible se torne evidente.

Esta diferencia no delimita el problema de la imaginación en el contexto francés, pero sí explica suficientemente la parte más aparente del debate sobre los supuestos efectos de la imaginación a este lado del canal. El libro de Malebranche se reeditó repetidas veces durante el siglo XVIII y constituye el momento de formulación estricta de la doctrina de la imaginación maternal como una cláusula *ceteris paribus* de la doctrina de la pre-existencia. La imaginación maternal permite explicar las relaciones de parentesco, los fenómenos de hibridación y los nacimientos monstruosos sin tener que modificar una doctrina embriológica que sobrepasaba, con creces, los puntos de vista aristotélicos sobre la generación, el orden y la continuidad. Desde este punto de vista, los debates sobre la imaginación maternal en Francia adquieren un carácter demostrativo en la medida en que la discusión sobre sus posibles efectos se sitúa en el contexto de las razones y no estrictamente de los hechos. Más aun: puesto que los hechos no pueden ser negados, la discusión deberá centrarse en la supuesta relación causal entre un fenómeno físico y un hecho anímico, en cómo un poder espiritual, del tipo que este sea, será capaz de modificar un cuerpo.

En primer lugar, si bien la teoría proporcionaba una posibilidad excepcional de explicar relaciones de parentesco en el contexto de una teoría del «encajonamiento» de embriones, el imaginacionista difícilmente podía dar cuenta, en el contexto de una concepción mecanicista de la generación, de cómo la imaginación maternal había operado realmente sobre el feto. O con otras palabras, si el niño nacía, digamos, con la forma de un ternero, la explicación malebranchista establecía que la madre había sido *frapée*, impresionada, por la presencia de aquel animal, cuyo *ius imago* aparecía entonces como la causa de la forma que había adquirido el niño. Pero esta explicación de causación formal, basada además en el incorrecto *post hoc ergo propter hoc* tan sólo explicaba por qué el niño había adoptado una forma particular, sin que en ningún caso proporcionara una respuesta aceptable sobre el origen de su monstruosidad en cuanto tal. Consciente de la dificultad, el naturalista francés Claude Perrault [1608-1680], intentó una explicación de la semejanza física entre padres e hijos basada en la diversa distribución del alimento o de la «materia de la generación» por el efecto mecánico de la imaginación maternal⁵⁵. Una explicación a todas luces insatisfactoria, y discutida de hecho por el médico montpelleriano Eustache Marcot [1686-1732]⁵⁶.

⁵⁵ PERRAULT, C. (1721) *De la mécanique des animaux*, en *Oeuvres diverses de physique et de mécanique*, Leide, P. Van der Aa, 5 tomos en 1 vol. in-4. (3ª parte), pág. 491. Citado también por ROGER, J., *Les sciencés de la vie*, pág. 386.

⁵⁶ MARCOT, M. (1716 [1718]) «Mémoire sur un enfant monstrueux» par M. Marcot. en *MA*, 329-347. «Je ne nierai point que l'Enfant n'herite des maladies de la Mère (le chose n'est que trop connue) que l'Enfant n'ait le temperamment, les inclination & les appetits de ses parens, des sucs desquils il est

En segundo lugar, los partidarios de Malebranche tuvieron que preguntarse si la fuerza de la imaginación maternal servía única y exclusivamente para explicar diferentes grados de deformidad en producciones humanas o si debía, por el contrario, generalizarse como modelo de explicación de cualquier tipo de deformación con independencia de cuál fuera la naturaleza de los cuerpos en los que se producía. Aceptar una versión restringida de la teoría era, por supuesto, tanto como admitir que la naturaleza no obedecía patrones regulares y que la explicación de la monstruosidad humana no se aplicaba al conjunto de la creación. En una versión generalizada, la teoría debía asumir, por el contrario, no sólo que los animales eran capaces de modificar el desarrollo del feto por el poder de su imaginación⁵⁷, sino que incluso los vegetales estaban capacitados con semejante poder⁵⁸. Pero incluso con independencia de las plantas, para las que muchos naturalistas habían postulado una entidad tan contradictoria como un «alma material» que pudiera hacerse también responsable de los errores de su vegetación, la equiparación de las facultades humanas y animales, que había sido desde antiguo la base de uno de los grandes argumentos de Epicuro, debía adquirir también nueva fuerza probatoria. Pues si los animales poseían una imaginación que, formalmente, no era sino el anverso de la memoria, quizá la diferencia entre las otras facultades de la razón, en lo que respecta a los hombres y a los animales, fuera a su vez tan sólo gradual. Lo que supondría, al menos en principio, postular una gradación cualitativa de las almas, ya fuera en el sentido de que la humana era tan sólo un poco más excelente que la del animal, cuanto en el sentido contrario de que la del animal sólo era cualitativamente inferior a la del más abyecto de los hombres.

Para colmo de males, en el marco de una parcelación del conocimiento que definía también los límites de la experiencia posible, el recurso a la imaginación maternal debía tener, cuando menos, un carácter paradójico. Después de todo, hablamos de un período que insistía en negar la realidad de los monstruos imaginarios y, sin embargo, rescataba de entre la cultura popular obscuras patrañas que apuntaban a la imaginación como la causa inmediata de los monstruos verdaderos. O lo que es igual: al tiempo que se pretendía que los monstruos «falsos» eran producto de la imaginación,

formé & nourri, & qui imprimant le même caractere au corps tendre de l'Enfant. Cela est incontestable. [Pero] sentiments qui s'excitent dans l'ame de la Mère à l'aspect d'un Chat furieux ne sauroient passer per contre-coup dans l'ame de l'Enfant, & determiner les esprits à couler assés irregulierement pour aller former au Foetus une tête de Chat». La cita corresponde a las págs. 334-5.

⁵⁷ Véase, ELLER, J. TH. (1689-1760), Secretario de la Academia de las ciencias de Prusia, que escribe en 1756 sus «Recherches sur la force de l'imagination des femmes enceintes sur le foetus, à l'occasions d'un chien monstrueux», publicado en *Histoire de l'Académie royale des sciences et belles-lettres*, Année 1756, Berlín, 1758. p. 12: «Las mujeres [dice] no tienen la prerrogativa de producir monstruos por la fuerza de su imaginación; estamos convencidos de que los animales puedan también hacerlo».

⁵⁸ MARCOT (1716 [1718]): «On a poussé la chosa si loin, qu'on fait agir l'imagination jusques dans le bêtes, & dans les Plantes même», en *M.A.*, 1716, París 1718, pág. 336.

se insistía en que los «reales» eran también producto de una imaginación diferente. Y aunque poco se decía saber acerca de la naturaleza de esa imaginación que explicaba tanto la realidad como la ficción, parecía claro que aquella facultad, que en su mal uso producía un ser imaginario, difería considerablemente de aquella otra que explicaba, produciéndolo, el nacimiento de una criatura inimaginable y sin embargo real. En un exceso de sofisticación teórica, los imaginacionistas tuvieron que explicar, a medida que la investigación anatómica se extendía a las malformaciones internas, qué objeto podría haber actuado sobre la imaginación de la madre para qué el niño presentara una quinta cavidad ventricular, dos venas aortas o una doble matriz. Está será justamente la opinión de Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon [1707-1788], quien en su *Histoire Naturelle* negará el poder de la imaginación maternal basándose en la circunstancia, nada baladí, de que no hay fetos tan diversos como antojos⁵⁹. Situándose, por así decir, en «la pre-historia de la objetividad», el argumento de Buffon, que más tarde será retomado en el artículo «Imagination» de la *Encyclopédie* de Diderot, consistía en negar no tanto la posibilidad de esa influencia —como fue el caso de Blondel— como en demostrar, justamente al contrario, cuáles eran las probabilidades de que la naturaleza hubiera podido o fuera capaz de producir espontáneamente semejantes efectos⁶⁰. Es justamente la posibilidad de explicar las generaciones aberrantes por medio de una modificación natural azarosa, meramente estadística, lo que puede eliminar la necesidad de tener que colocar toda la carga epistémica en la negación de los hechos o de su mera posibilidad. Los hechos son reales —de otro modo no serían «hechos»—, pero se producen «muy probablemente» por distintas causas.

De las dificultades meramente epistemológicas que hemos citado más arriba no se siguió, sin embargo, que la doctrina de la imaginación maternal fuera universalmente repudiada. Pues si es verdad que su presencia soterrada podía resultar incómoda en el contexto de la discusión, muy específica, de las generaciones monstruosas, también lo es que estas últimas no habían aparecido después de todo nada más que como «ejemplos» con los que Malebranche pretendía demostrar sus «suposiciones» hasta el punto de convertirlas en un solo *principe incontestable*. Parecía posible, por tanto, negar parte del razonamiento malebranchista sin tener que discutir el conjunto de sus suposiciones. El discurso anti-imaginacionista del doctor Eustache Marcot [1686-1732], por ejemplo, incluía explícitamente rechazos de palabras como «contra-golpe»,

⁵⁹ BUFFÓN, *Histoire Naturelle*. tomo IV. cap. 4. xj.

⁶⁰ Sobre la nueva reinterpretación de los hechos en función de sus probabilidades, véase DASTON, L., (1988), *Classical probability in the Enlightenment*. Princeton University Press. Princeton, N.J. El artículo «Imagination» de la *Encyclopédie* consta de dos partes diferentes. La primera fue redactada y firmada por Voltaire, quien se muestra obviamente partidario de los poderes de la imaginación maternal sobre el feto por consideraciones de tipo religioso. La segunda, que es a la que aquí hacemos referencia, fue redactada, muy probablemente, por el Chevalier de Jacourt y se trata de una popularización de los argumentos de Buffon y de Blondel, que acaba de ser traducido al francés, junto con otros comentarios sobre las consecuencias sociales de la doctrina.

mientras que una parte notable de la argumentación fisiológica de James Blondel consistió en negar que la unión entre la madre y el feto pudiera entenderse como un *integrum*. Pero incluso en versiones más restringidas de los poderes de la imaginación que aparecieron durante la segunda mitad del siglo XVIII la presencia de Malebranche se hizo sentir con una relativa intermitencia. Antoine le Camus [1722-1772], por ejemplo, el famoso autor de la *Médecine de l'Esprit*, aun siendo partidario de las opiniones de Blondel y, por tanto, contrario a la doctrina de la imaginación maternal, explicaba en el volumen segundo de este libro cómo los hijos nacidos de uniones ilegítimas, al ser el resultado de un amor «más industrioso», mostraban un mayor espíritu y sagacidad⁶¹. Lo que no era obstáculo para rechazar, en función de los estudios anatómicos de Albrecht von Haller, la concepción malebranchista de la madre y el niño entendidos como un *integrum*⁶². Pero incluso el propio Haller, que se había mostrado tan reacio a aceptar una comunicación anímica entre la madre y el feto debido a la ausencia entre ambos de nervios comunicantes, concedía que había niños que sufrían toda su vida de convulsiones porque su madre las había recibido durante su embarazo⁶³.

Se daba el caso además, de que puesto que la pre-existencia explicaba la continuidad, la discontinuidad se relativizaba a los desórdenes de un agente intelectual que operaba enteramente como el cinturón protector de un núcleo teórico irrenunciable. Incluso en el caso de nacimientos anormales, el orden general, establecido en una única Creación primigenia, estaba garantizado por los accidentes de la imaginación. De la misma manera, los fallos de la concepción no obligaban a revisar la pre-existencia, sino que remitían a una modificación más o menos azarosa en las condiciones naturales del proceso. Se daba así la circunstancia de que la imaginación maternal podía solventar un conjunto de problemas religiosos despertados por la ciencia embriológica en general y, más en concreto, por el papel que se debía asignar a Dios en la producción de deformidades. Pues si como pretendía la pre-existencia embrionaria, Dios había formado todos los seres al comienzo de los tiempos, parecía necesario concluir que debería haber creado, quizá también a su imagen y semejanza, los embriones de los seres más deformes⁶⁴. La innegable presencia de la aberración corporal, igual por cierto que de la perversión moral, podía ahora hacerse depender de una mediación humana cuya innegable finitud debía ser también prueba fehaciente de su culpabilidad. O con otras palabras, la imaginación maternal que, en su buen uso, garantizaba la similaridad, permitía igualmente eximir a Dios de cualquier responsabilidad en la producción de rasgos aberrantes.

⁶¹ LE CAMUS, 1769. *La médecine de l'esprit*, París, in-4°. La primera es de 1753. ROUSSEL cita el tomo 1, pág. 310,

⁶² CAMUS, *Médecine*. 1769, tomo II, pág. 218.

⁶³ HALLER, *Elementa*, tomo VIII, lib. 29. pág. 430.

⁶⁴ Véase J. ROGER, *Les sciences de la vie*, págs. 398 y ss.

Más importante todavía, el recurso a la imaginación maternal permitía no sólo explicar la semejanza tanto como la diferencia, sino que, al unificar las operaciones físicas a las intelectuales, se podía defender desde la misma ciencia y no desde el dilettantismo que los productos de la concepción, ya fueran estas ideas o fetos, eran esencialmente «innatos»⁶⁵. El objeto de la vida tanto como el del pensamiento podía y debía remitirse a un pasado originario y encontrar su corrección y su verdad tan sólo en la garantía de una voluntad suprema y de una Creación primigenia⁶⁶. El problema del anclaje de la imaginación maternal en el seno de una teoría de la generación, la pre-existencia embrionaria, y de sus influencias en un contexto socio-cultural más amplio, se resuelve desde el momento en que se entiende que la pre-existencia nunca fue una «teoría de la generación», sino una doctrina de la continuidad que asumía, como parte de su dogmática, que la explicación de la formación de los seres, excluyendo su desarrollo, excedía las competencias de una *scientia* interesada tan sólo en la interacción de causas segundas. La pre-existencia garantizaba entonces el orden natural y social; el único que hacía posible la comprensión académica de los fenómenos naturales en términos de regularidad. Es en este contexto de explicación de la continuidad y de garantía científica o pseudo-científica del orden en el que la doctrina malebranchista de la imaginación desarrollará la mayor parte de sus consecuencias normativas. Es igualmente en esta necesidad social de no subvertir la inmutable relación entre las palabras y las cosas donde la argumentación *ad feminam* de James Blondel coincidirá aquí, como veremos en el siguiente epígrafe, con la doctrina de Malebranche. La misma Ilustración pervive en la contraposición más aparente del contenido de sus ideas científicas. Y es que Voltaire, que defiende la imaginación maternal, no es más o menos ilustrado que Buffon, ni el doctor Marcot lo es más que Beccaria. Pensar lo contrario sería tanto como asumir que la Ilustración pudiera reducirse a un conjunto monolítico de ideas más o menos esclarecidas o más o menos toleradas. Lo moderno, sin embargo, nunca fue realmente la idea, sino la norma: la regulación pública de los desórdenes —científicos en el caso de Blondel o morales en el caso de Malebranche— que pudieran producirse en un mundo guiado por la imaginación y no por el entendimiento.

⁶⁵ DIDEROT, (ed), *Encyclopédie*, vol. 16, pág. 693: «Embarazo es el término ordinario que se emplea para designar el estado de una mujer [...] en la que se ha operado la obra de la concepción»

⁶⁶ Sobre este epígrafe hay muchas ideas de interés en STAFFORD, *Body Criticism*. cap. III, «Conceiving», donde Stafford pone en relación los procesos de concepción con corrientes neoplatónicas y con las concepciones del arte neoclásico de Winckelmann y de Richardson. De hecho, Stafford llega a hablar de un «emboitement» espiritual, haciendo mención (en la nota 77 del capítulo III), de que la *Contemplation de la nature* de Charles Bonnet fue publicado el mismo año que la *Geschichte der Kunst* de Winckelmann, esto es, en 1769.

REGULACIÓN FISIOLÓGICA DE LA IMAGINACIÓN

Se seguía en efecto de los principios de Malebranche que las bases para una interacción psico-física entre la madre y el feto se encontraran claramente delimitadas por el control moral. Si la imaginación dependía tanto de la voluntad como de la disposición fisiológica del cuerpo, la imaginación pasiva —aquella capaz de producir efectos independientes de la voluntad, aquella que escapara al control moral— podía fácilmente producir instancias diversas de generaciones equívocas. La voluntad de la madre capaz de vencer su disposición fisiológica, «impresionable por naturaleza», operaba como garantía de filiación específica y marital. Pero era sólo su falta de responsabilidad moral y de control racional la que debía culpabilizarse en la producción de rasgos aberrantes. Desde el momento en el que la imaginación podía garantizar, en su buen uso, la identidad o la filiación, se hacía imperativa la necesidad social de su regulación o su reforma.

La imaginación apareció así como la fuente de todo error, ya fuera en la generación de ideas o en la de organismos, en la concepción embriológica o, como en el caso de Daniel Turner, también en la intelectual. Diferencias muy sutiles a parte, se continuaba la tradición de los siglos XVI y XVII que habían adscrito los hechos más inverosímiles a los efectos de una imaginación gobernada por la pasión o el entusiasmo⁶⁷. Fue en esa vena en la que el propio Voltaire atacó duramente en la *Encyclopédie* esas «*imaginaciones fantásticas*», que siempre carecen de orden y buen sentido⁶⁸. Del mismo modo, el benedictino François Calmes llegó a imputar en 1746 los falsos sortilegios a *désordres de l'imagination seduite par Satan*⁶⁹, mientras que el abate Laurent Bordelon [1653-1730] reproducía sus peligros en esa nueva versión del Quijote que es *L'Histoire des imaginations extravagantes de monsieur Oufle*⁷⁰. También el médico suizo Simon André Tissot [1728-1797] condenaba la expulsión voluntaria de fluido seminal cuando *il est sollicité par l'imagination*⁷¹; un punto de vista que fue igualmente señalado por el doctor Bienville al referirse a la «*manie de la masturbation dont l'imagination est artisanne*»⁷². En su *Nymphomanie ou Traité*

⁶⁷ Spinoza, por ejemplo, en su *Tratado Teológico-Político*, fue uno de los primeros en postular que los profetas habían sido iluminados por su propia imaginación.

⁶⁸ VOLTAIRE: «Imagination». En Diderot & d'Alembert, *Encyclopédie*, vol. VIII, pág. 561. Citado también por K. Park & Daston, *Wonders*. cap. VIII.

⁶⁹ Citado por ERRARD, J. (1970) *L'Idée de nature en France dans la première moitié du XVIII siècle*. París, Flammarion, p. 29.

⁷⁰ BORDELON, (1710) *L'Histoire des imaginations extravagantes de monsieur Oufle, causées par la lecture des livres qui traitent de la magie*, 2 vols in 1, 12mo. Amsterdam, Roger.

⁷¹ TISSOT, (1780) *L'onanisme, ou dissertation physique sur les maladies produites par la masturbation*. Laussane, A. Chapuis, pág. 86.

⁷² BIENVILLE, (1771) *Nymphomanie, ou Traité de la fureur uterine*, nueva edición, Amsterdam, Marc-Michael Rey, Nueva edición, 1778, pág. 150. No se conocen las fechas de nacimiento y muerte de Bienville.

de la *fureur uterine*, Bienville atribuyó en efecto el furor uterino a los desórdenes de la imaginación excitada por la lectura de «romans luxurieux», por canciones y conversaciones galantes, por paseos en los que «*los juegos más inocentes de la naturaleza han tomado la forma, en el alma preocupada [de la mujer], de los trazos más claros de la voluptuosidad*»⁷³. Ludovico Antonio Muratori [1672-1750], que había suspendido el juicio relativo a los efectos de la imaginación maternal, no dudó, sin embargo, en enumerar otros muchos de sus peligros y, especialmente, aquellos que conducían al éxtasis y a las visiones⁷⁴.

Desde el punto de vista de la regulación de la conducta marital, el mandato divino según el cual lo similar debía engendrar lo similar dependía ahora de una madre que nunca debía caer en ilusiones peligrosas, que no debía soñar con otro hombre que no fuera el suyo legítimo y que debía abstenerse igualmente de tener ensoñaciones durante el momento del coito. Una máxima de comportamiento ético deducida de la teoría de la procreación de enormes consecuencias. En primer lugar, sobre las bases de que la mujer debía limitar al máximo sus pasiones más violentas, el papel asignado a su sexualidad en el contexto de la habitación conyugal debía limitarse considerablemente. Toda vez que el sexo «natural» se equiparó de manera sistemática con el sexo procreador, la reivindicación del placer de la mujer en los lances amorosos no sólo debía enfrentarse con una notable barrera moral, sino con la justificación científica o pseudocientífica de una conducta represiva basada en el testimonio de las malformaciones. Puesto que el placer era capaz de producir un raptó provisional del entendimiento, la aparición desordenada de imágenes en la mujer más allá de la esfera de su control moral podían, fácilmente, dañar el embrión como efecto de una conducta sexual desordenada. A partir de semejante razonamiento, resultaba bastante sencillo reivindicar no sólo la pasividad de la mujer, sino incluso la necesidad científico-filosófica de que la concepción se produjera a expensas de su placer. «La concepción tiene lugar sin placer para la mujer. Incluso experimentan aversión»⁷⁵. Se consumaba así una política de diferenciación que eliminaba los efectos indeseados de la imaginación regulando, de una manera u otra, la propia disposición al placer; una patologización del sexo y de la sexualidad femenina de la que se encuentran ecos incluso en el enciclopedista Diderot:

«La Mujer contiene en sus adentros un órgano susceptible de espasmos terribles que suscita en su imaginación fantasmas de toda especie. Es en el delirio histérico en el que la

⁷³ *Ibidem*, pág. 13.

⁷⁴ MURATORI (1745), *op. cit.* en nota 29, págs. 150 y ss.

⁷⁵ DIDEROT, D., *Eléments de physiologie*, A.T- vol. 9, pág. 405. Véase también LAQUEUR, T., (1987), «Orgasm, Generation and the Politics of Reproductive Bioiogy», en Catharine Gallagher and Thomas Laqueur (eds.), *The Making of the Modern Body*, Berkeley, Los Angeles, Londres, University Of California Press, pp. 1- 41. Véase también LAQUEUR, T. (1990), *Making sex:Body and Gender From The Greeks to Freud*, Harvard University Press, Cambridge, Mass.

mujer revive lo pasado, se avalanza sobre el porvenir y todos los tiempos le son presentes. Es del órgano propio a su sexo del que parten todas sus ideas extraordinarias»⁷⁶.

La patologización de la sexualidad de la mujer permitía explicar por qué su imaginación, en lugar de estar controlada por el entendimiento, aparecía como un producto irracional de su sexo y de su sexualidad. Sólo cuando su imaginación era pasiva, en el sentido de que la mujer asociaba automáticamente las impresiones recibidas en su entendimiento, el papel que se le atribuía en la producción de monstruosidades la convertía en una víctima de virtud inmaculada. Cualquiera que fuera el caso, tanto si la asociación era voluntaria como si no, y para evitar posibles contagios, el médico Claude Nicolas Le Cat [1700-1768] propuso una política de segregación que consistía en impedir que figuras horribles y deformes aparecieran ante la presencia de las mujeres⁷⁷, mientras que Isaac Bellet, un claro opositor a la doctrina de Malebranche, escribía no obstante que «el interes de las señoras en particular requería que aquel prejuicio [la creencia en la imaginación maternal] fuera públicamente refutado»⁷⁸. Las *Letres sur le pouvoire de l'imagination des femmes enceintes* de Isaac Bellet habían sido diseñadas como un tratado dirigido a las mujeres que, ignorantes de las disquisiciones anatómicas con las que el doctor Biondel había apoyado sus argumentos, debían estar, sin embargo, informadas de los peligros reales que corrían por admitir el prejuicio extravagante de que su imaginación fuera capaz de modificar el feto. O lo que es igual, mientras Bellet insistía en la imposibilidad de que la imaginación de la madre pudiera producir efectos en el desarrollo embrionario, contemplaba, por la otra, que los efectos de semejante creencia podían ser perjudiciales tanto para la madre como para el niño: «el miedo de un mal imaginario es el que las hace padecer males reales»⁷⁹. Un punto de vista que ya había sido señalado por el propio Blondel: «Frightful and ugly objects, which are shoking even to men of courage, are to be carefully removed from the sight of pregnant women, as being apt to disturb their minds, and to fill them with horror, fear and apprehension»⁸⁰. No es de extrañar en-

⁷⁶ DIDEROT, D., (1919) *Sur les Femmes*. édition ornée de gravures sur bois originales per Hermann-Paul, Léon Pichon, París, pág. 17.

⁷⁷ LE CAT, (1641) *Orthophédie*. 2 vol. in-12, Paris, tom. II, liv. IV. Esta opinión fue sostenida por Verduc en *Opérations de chirurgie, avec une pathologie*, 2 vol. in-8°, París 1694, ch. XIV. Véase también [Bellet], *Letters on the force of the Force of Imagination in Pregnant women*. Londres.1745 (traducido del francés), p. 2-3.

⁷⁸ [Bellet], *Letters on the force of the Force of Imagination in Pregnant women*. Londres, Griffin, 1745 (traducido del francés), p. 2-3. [Letters sur le pouvoire de l'imagination des femmes enceintes, où l'on combat le préjugé qui attribue à l'Imagination des Meres le pouvoire d'imprimer sur le Corps des Enfans renfermés dans leur sein la figure des objets qui les ont frappées., París, chez les frères Guerin, 1745. Isaac Bellet muere en 1778.

⁷⁹ BELLET, *lettres*, fr. Pág. 3 [«thro' the fear of imaginary misfortunes they suffer real ones» (pág. 2. ingl.).

⁸⁰ BLONDEL, *Power*, pág. 3.

tonces que incluso la decoración de interiores, y fundamentalmente de la habitación conyugal, experimentara drásticas variaciones durante las primeras décadas del siglo XVIII. Las escenas mitológicas que habían adornado las paredes del Renacimiento se sustituyeron por retratos de los cónyuges y, sobre todo, por espejos que, en tanto que reflejo de la propia imagen, podían controlar, fácil y conscientemente, los efectos más perniciosos de la imaginación⁸¹. El espejo, tal y como establecen los grandes diccionarios de Iconología del siglo XVIII, y especialmente el de Boudard, es fundamentalmente el lugar de la similitud y de la identidad de una conciencia que se representa muy justamente durante todo el siglo como una mujer que contempla el reflejo de su propia imagen.

La discreción y el recato aparecieron al tiempo como virtudes sociales y deberes morales. Muchísimos casos podrían citarse en la literatura moralista de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII que servirían para ejemplificar esta nueva reforma de las costumbres sociales basada en una restricción de los efectos de la imaginación en la naturaleza y en el lenguaje. Quizá más que ningún otro, el libro que comienza esta nueva tradición es *De l'éducation des filles*, un texto de Fénelon publicado en 1689 al hilo de las consideraciones de Malebranche⁸². Fue, en efecto, en esta obra de François de Salignac de la Motte Fénelon [1651-1715] en la que se propuso por primera vez un intento de reforma de la «imaginación errante» de esas mujeres mal instruidas y poco aplicadas, cuya curiosidad, escribía Fénelon, se dirigía desde muy temprana edad hacia «objetos vanos y peligrosos» y que «leían todos los libros que podían nutrir su vanidad» mientras «se apasionan con novelas, con comedias, con aventuras quiméricas» de modo que «su espíritu se volvía visionario y su lenguaje tan ampuloso como el de los héroes romanos»⁸³.

El texto de Fénelon se reeditó repetidas veces durante el siglo XVIII dando lugar a dos tradiciones diferentes en el contexto de la reforma de la educación femenina en general y de los efectos perniciosos de su imaginación en particular. Por una parte, la literatura de educación marital volvió una y otra vez sobre los principios de Fénelon. En *L'Art de rendre les femmes fidelles*, un tratado anónimo publicado en París en 1713, se escribía que «Casi todas las mujeres tienen la lengua indiscreta. Un defecto que les viene primero de su imaginación y después de su ignorancia, que no les da la libertad de elegir las materias en el discurso y las obliga a mantener sus largas con-

⁸¹ Véase WHITEHEAD J., (1992), *The French Interior in the 18th Century*. Laurence King Publishing, Londres; FERAY, J., (1988), *Architecture intérieure et décoration en France des origines à 1875*. Berger-Levrault, París; SAUMAREZ SMITH, C., (1993), *Eighteenth Century Decoration, Design and the Domestic Interior in England*. N. ABRAMS, HARRY, Inc. Publishers, Nueva York. Sobre la eliminación de los temas mitológicos de la habitación conyugal, véase VVAA, (1992), *Ornamente. Fantastische Form von Dürer bis Boucher*. Arkana Verlag, Göttingen.

⁸² FÉNELON, [1689], *De l'éducation des filles*, París, Editions d'aujourd'hui, 1983.

⁸³ *Ibidem*, págs. 8, 10, 103 y 104 respectivamente.

versaciones sobre todo lo que se encuentra en su pequeño fondo». También en el *Hymen Reformateur*, un manual de comportamiento marital publicado en 1756, se exhortaba a los médicos a aplicar sus luces en la búsqueda de un remedio «contra la intemperancia de la lengua de las mujeres, para ponerlas fuera del estado de cortar la palabra a sus maridos a propósito de cualquier cosa y para gran escándalo de todo el orden marital»⁸⁴. De nuevo la correspondencia entre los abusos del lenguaje como una consecuencia de la intemperancia del sexo de la mujer es tal que el procedimiento que establece el *Hymen reformateur* para acabar con «Ese tono absoluto y de autoridad, y con esos aires de grandeza que algunas mujeres osan tener hacia sus maridos [...] consiste en que las culpables sean privadas durante ocho días de las caricias conyugales, y durante un mes en caso de reincidir»⁸⁵. Y es que durante el siglo XVIII, el carácter de la buena esposa debía ir marcado por el comedimiento. La buena esposa debía ser buena, sumisa, silenciosa, virtuosa, amable, sobria, económica y fecunda. Esa es también la tradición en la que se encuentra un texto de Thomas, un miembro de la Academia Francesa, que en 1772 escribía su *Essai sobre el carácter, las costumbres y el espíritu de las mujeres* en el que se establecía sin ambages cómo una de las características indelebles de la mujer consistía precisamente en la fuerza de su imaginación⁸⁶. Una imaginación que las volvió más próximas al paroxismo durante la Cristiandad, que las atrajo al platonismo durante el Renacimiento, o que las condujo hacia la poesía y a la mística. Y es que la imaginación de la mujer, escribió Thomas, «tiene un *yo no sé* que de singular y extraordinario por lo que todo las impresionan. Todo se les representa con inusitada vivacidad [...] El mundo real no les basta y les gusta crearse uno imaginario [...] de modo que los espectros, los encantamientos, los prodigios, todo lo que sale de las leyes ordinarias de la naturaleza es al mismo tiempo su obra y su delicia»⁸⁷.

Este libro de Thomas fue duramente contestado por Diderot que tachó al miembro de la Academia francesa de ser poco más que un hermafrodita⁸⁸. Y es que el enfado de Diderot en particular y del movimiento filosófico ilustrado en general hacia la teoría de la imaginación maternal y hacia la regulación de los efectos de la imaginación de la mujer, tanto en la naturaleza como en el lenguaje, es tanto mayor cuanto que es precisamente esa liberalidad de la imaginación y de sus productos en la que se apoya y se asienta el propio movimiento filosófico. Todo lo que puede ser, existe en

⁸⁴ *L'Hymen reformateur des abus du mariage, ou Le code conjugal*, publicado anónimo en (L'Univers), ie., París, en 1756. Artículo XVIII, pág. 19.

⁸⁵ *Ibidem*, pág. 14. Art. XXVIII.

⁸⁶ THOMAS (1772). *Essai sur le caractere, les moeurs et l'esprit des femmes dans les differentes siècles*, Chez Moutard, París.

⁸⁷ *Ibidem*, pág. 25.

⁸⁸ [Diderot], *Sur les Femmes*, [c. 1772] édition ornée de gravures sur bois originales par Hermann-Paul, París, Léon Pichon, 1919: «C'est un hermaphrodite, qui n'a ni le nerf de l'homme ni la mollesse de la femme», pág. 10.

la naturaleza y todo lo que se puede decir debe aparecer ante la esfera de la opinión pública. En parte como reacción a los textos de reforma de la capacidad discursiva de la mujer y de regulación de su imaginación, floreció además en Francia toda una tradición de literatura libertina basada en dos únicos pilares: Que las mujeres hablen y que sobre todo hablen de su sexualidad. Muchos de los relatos más famosos de la literatura erótica del siglo XVIII son, precisamente, historias, de mujeres, narradas en primera persona, que cuentan públicamente las aventuras de su sexo⁸⁹. Incluso el propio Diderot, rizando el rizo de la sofisticación literaria, invirtió radicalmente la perspectiva de Fénelon en un texto publicado en 1748. En las *Joyas Indiscretas*, que es el título del libro al que hago referencia, no sólo se trataba en efecto de que las mujeres hablaran de su sexualidad, sino de que incluso lo hicieran, en lugar de por la boca, por su propio sexo. Es esta historia de Joyas, de «sexos parlantes», la que de alguna manera resume la crítica más frontal hacia la regulación de la imaginación y sus efectos. La representación ciertamente afeminada de Louis XV que Diderot explora en esta novela temprana de alguna manera refleja la disposición social del movimiento filosófico en su conjunto: Dejados hablar y dejados hacer.

CONCLUSIONES

Es importante mencionar, en primer lugar, que la nueva formulación de la doctrina de la imaginación maternal para explicar la similaridad entre hijos y ancestros es, claramente, una doctrina del Antiguo Régimen. Su afán por garantizar la fijación o la continuidad de los linajes sociales y de las especies naturales manifiesta sólo el lado más superficial de la relación esquivada entre la ciencia y la política. La regulación de los productos de la imaginación, en la naturaleza y en el lenguaje, a la que se opuso frontalmente el movimiento filosófico, obedece, en efecto, tanto a la parcelación científico-política del universo del discurso, por una parte, como a la segmentación social de los productos de la naturaleza, por la otra. Tanto en Inglaterra como en Francia el debate sobre la imaginación de la mujer producirá un mecanismo de exclusión de detractores basado en acusaciones de incontinencia lingüística, incompetencia científica o pura inmoralidad. En los tres casos, lo que se cuestiona es una conducta social o un proceder científico guiado por la imaginación y no por el entendimiento. Sólo desde este punto de vista la campaña de regulación de los productos de la imaginación pudo aparecer al mismo tiempo como una consecuencia lógicamente deducida de un cierto corpus de conocimiento y como un fenómeno mayor de delimitación de la esfera de la opinión pública dentro de las estructuras de poder del Antiguo Régimen.

⁸⁹ Véase GOULEMOT, (1991), *Ces livres qu'on ne lit que d'une main: lecture et lecteurs de livres pornographiques au XVIIIe siècle*. Collection De la pensee. Aix-en-Provence: Alinea.

Tampoco hay que entender, por otra parte, que la simpatía que el movimiento filosófico manifestó hacia la imaginación de la mujer pretendiera nunca ser una proclama feminista. Difícilmente podría argumentarse semejante cosa cuando la hipótesis de la hibridación con la que muchos *philosophes* quisieron sustituir los efectos de la imaginación habría de conducir, según explicará el apologista Louis Nicolas Bablot [1754-1802], «a la deshonra de todo un sexo»⁹⁰. Las disputas que tuvieron lugar sobre el supuesto poder de la imaginación maternal, sobre los mecanismos de su regulación, o sobre los efectos de su abuso, no fueron nunca ni meras disputas teóricas ni manifiestos feministas. Su pervivencia durante el conjunto de la Ilustración obedece más bien a una evolución cultural que se extiende desde la Academia de las Ciencias hasta la privacidad de la habitación conyugal o desde los tratados de obstetricia hasta la decoración de interiores. Es importante entender esto porque la predisposición que muestra la segunda mitad del siglo XVIII hacia lo sórdido y hacia lo obscuro no es sólo consecuencia directa de la imposibilidad de pensar libremente, sino de la restricción política y del argumento científico que culpabiliza sistemáticamente al otro de todo error, o de toda desviación o subversión del orden natural y social, mientras le impide concebir sus propios pensamientos tanto como su propio futuro. No en vano, la policía política francesa del Antiguo Régimen no distinguió nunca claramente entre libros filosóficos y libros pornográficos. Todos los libros de los que había escrito J.J. Rousseau que sólo «se podían leer con una mano» eran libros filosóficos. En esto al menos, no les faltaba razón.

⁹⁰ BABY. L.N.B., (1788) *Dissertation sur le pouvoir de l'imagination des femmes enceintes*, chez Croullebois, París.